



ENCUENTRO EN LA CIUDAD

Aquella mañana, al entrar en el vagón del tren que me llevaría a la ciudad, me encontré inmovilizado entre la gente que me rodeaba. Me invadió un paisaje de olores en los que se mezclaban desde los dulzones de las colonias hasta un penetrante olor a sudor, “gas fulano”, como decía un amigo. Y mientras me resignaba a pasar el siguiente cuarto de hora de esa manera e intentaba moverme un poco para alejarme de un codo que se me clavaba en las costillas, me metí de lleno mentalmente en los problemas que tenía que afrontar ese día.

La reunión quincenal de consecución de objetivos me tocaba hoy, y por una ventanilla del tren observé al fondo la ciudad bajo una nube gris de polución.

- ¡Hacia allá voy!, pensé. ¡Madre mía!, vamos a caer como chinches con tanta contaminación.

Me bajo del tren y me dirijo envuelto en el río de gente que desembocaría en la salida, cojeando ligeramente, con molestias en la cadera; artrosis, me habían dicho. Y así iba hacia la salida, pensando que cada vez tenía más goteras. Nada más pisar la calle pasa un autobús soltando una nube de humo negro que me envuelve y me hace toser.



Todavía estaba murmurando pestes contra la E.M.T. cuando oigo a mis espaldas una voz que me dice:

-¿Qué te pasa que andas “escojonao”?

Me vuelvo y efectivamente, ¡uno de mi pueblo! Nos saludamos mientras nos hacíamos a un lado para que la gente no nos arrollara.

- “Mae” que cibera llevan- dijo mi paisano.

Hacía muchos años que no nos veíamos. Yo ya no iba al pueblo, ya no tenía familia viviendo allí, y mi mujer era de otro sitio. Me había distanciado. Él seguía yendo a menudo. Le pregunté por amigos comunes y hablamos intentando determinar el tiempo que hacía que no nos veíamos. Al final decidimos que hacía “mucho tiempo” y con eso quedo zanjado el asunto.

-¿Tienes un rato?- preguntó- ¿Nos tomamos un café?

Yo no andaba muy sobrado de tiempo, sin embargo contesté:

- ¡Vale! Y nos encaminamos hacia un bar cercano.